

Open Windows-Music with a View

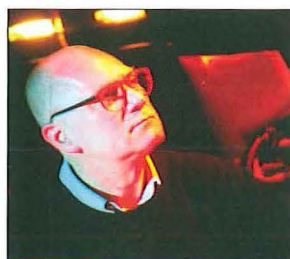


Yitzhak Yedid



Henry Grimes

Del 23 al 25 de septiembre la Wiener Musik Galerie (Viena) celebra el festival que bajo el lema citado resume su mentalidad abierta y nada dogmática en una aproximación a las formas actuales del jazz y la música contemporánea. Serán tres días de conciertos dobles con un sugerente programa: abre el día 23 el grupo del pianista israelí Yitzhak Yedid con el proyecto *Reflections upon Six Images* que será después grabado para el sello between the lines. En la segunda parte, Bernhard Lang, de Austria, que presentará su trabajo electrónico *LaLeLoo*. La siguiente jornada con el trombonista francés Yves Robert y su trabajo *La tendresse* y en la segunda parte el estreno de *Let's Make Love*, de Franz Koglmann con Pipet. Este trabajo también será editado por between the lines.



Franz Koglmann

Tres conciertos para el día de cierre, Henry Grimes en trío con Perry Robinson y Andrew Cyrille; el trío AMM de la escena británica más vanguardista, y el exxj Ensemble, de Austria, dirigido por Peter Burwik. Información en www.wmg.at

Una guía imprescindible

Marty Khan es el autor del libro *Straight Ahead: A Comprehensive Guide to the Business of Jazz (without Sacrificing Dignity or Artistic Integrity)*. Bajo el específico título y el tranquilizador subtítulo se recoge

información que este profesional con más de 30 años de carrera y un excelente sentido del humor considera imprescindible para todo aquel que se dedique a esta música en cualquiera de sus vertientes, incluso para el sólo aficionado. Se puede adquirir a través de la página web de la editorial

(www.outwardvisions.com), tiene más de 400 páginas y el precio es de 50\$.

Jazz al IVAM

El Instituto Valenciano de Arte Moderno celebra este mes la cuarta edición de su festival, que se inicia el 2 de septiembre con Dave Schnitter Quartet. Continuará con un concierto por semana con las actuaciones de Ernest Orts Group (9/9), Lluís Coloma Trío (16/9) y Ximo Tébar Jazz Project (23/9).

Un estreno de lujo

Bow River Fall es el título del disco que acaba de aparecer en EE.UU. editado por Premonition Records y que presenta juntos, por primera vez en una grabación, al trompetista Dave Douglas y al clarinetista

Louis Sclavis. Se grabó el pasado año durante el festival de Vancouver, donde ambos participaban en un jazz workshop. Junto a ellos están la chelista Peggy Lee y el baterista Dylan van der Shyff.

Farmer & Golson

Mosaic acaba de lanzar al mercado *The Complete Argo-Mercury Art Farmer/Benny Golson/Jazztet Sessions*, un estuche de siete discos que contiene tres años de la música que marcó un hito en la carrera de estos músicos, en especial con el sexteto que ambos lideraron. Como es habitual en el sello, la edición está limitada a 10.000 copias para todo el mundo.

Calles de Nueva Orleans

El trombonista Dani Alonso decidió retomar su carrera musical tras un tiempo de silencio y para ello pasó por una necesaria y fructífera estancia en Nueva Orleans que durante cinco semanas le permitió contactar con figuras como el trombonista Lucien Barbarin o la cantante Lady Tambourine. Así llegó a tocar en el Preservation Hall y a su vuelta a España llevar a cabo una grabación con su trío, integrado por el multiinstrumentista Erwyn Seerutton y el bajista Manel Alvarez. *The Streets of New Orleans* cuenta con la colaboración de Josep María Farrás e Ignasi Terraza, entre otros.

Alfredo Papo



Erwyn Seerutton, Dani Alonso y Manel Alvarez

EN CONCIERTO

26 DE JUNIO A 31 DE JULIO
VII Jazz San Javier
San Javier (Murcia)

Con más de 35.000 espectadores se cerró la VII edición del festival de jazz de San Javier. Dedicada al piano y al órgano, rindió homenaje a la memoria de Shirley Scott y Rory Gallagher. Para el año próximo, se anuncian novedades en cuanto a espacios escénicos, aumento de las producciones propias, apoyo incondicional a la escena jazzística española y estará dedicado a la memoria de Ray Charles y Elvin Jones.

El Jazz San Javier ha crecido encontrando un perfecto equilibrio entre tradición y modernidad, comercialidad y experimentación. En total, 24 conciertos, desde la apertura con B.B. King y su Blues Festival a la tormenta tropical del pianista Michel Camilo, que ofreció un apoteósico concierto de clausura, recibiendo la máxima distinción del Festival. El desembarco del B.B. King Blues Festival fue el día "B": era la primera vez que presentaba su festival de un solo día fuera de los EE.UU., alineando junto a él a músicos como la joven Shemekia Copeland o el veterano Dr. John, un grandísimo compositor y un formidable pianista con una voz gruñona, cuyo mayor logro -y no es poco- ha sido fundir el R&B de Nueva Orleans, el rock y la locura del Mardi Gras. Parecía disfrutar como en un garito del Delta con su versión patentada de blues pantanoso/gospel/jazz/r&b/funk/rock/boggie/latin..., que

él denomina "the fonk" y resulta hipnótico en ocasiones. El repertorio, basado en su último disco, *N'Awlibz: Dis Dat or D'Udda*, también hizo hueco a viejos éxitos.

Apareció B.B. King y todo el mundo se puso en pie en señal de respeto al "Rey del Blues". Con 78 años, sus dedos son tan ágiles como siempre, y no parece dispuesto a jubilarse. Cantó y tocó lo de siempre, casi en el mismo orden y la misma intensidad, desprendiendo *feeling* en abundancia. No ha perdido nada del fuego, el entusiasmo y el amor por el blues.

El piano estuvo bien representado por pianistas como Dave Brubeck con su cuarteto. A sus 84 años, Brubeck no es sólo uno de los últimos históricos del

jazz, sino uno de sus músicos más elegantes y creativos. Al frente de un cuarteto de sienes plateadas, su sonido sigue siendo cool, melódico y experimental. O sea, intemporal. "¿Estaría bien hacer *Take Five*?", preguntó Brubeck al baterista. Y una de las piezas claves de la historia del jazz volvió a funcionar.

Joao Donato, arreglista, compositor, pianista favorito de Jobim, protagonizó con su trío la única sesión dedicada a la bossa nova. Interpreto sus composiciones, que mezclan el samba tradicional, las armonías de la bossa nova y las estructuras de la música caribeña, dejando espacio para los guiños al jazz.. Además de su inseparable Luis Alves (b) y Robertinho Silva (bat), vino

acompañado por la cantante y guitarrista Wanda Sá, con la que el público se animó aún más. Wanda, que formó parte del Brasil 65 de Sergio Mendes, ha cantado entre otros con Baden Powell y Vinicius de Moraes.

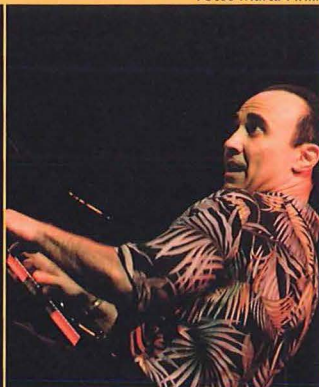
McCoy Tyner y su trío hicieron un arranque frenético: son realmente capaces de convertir el jazz que dominaba a finales de los 50 y principios de los 60, en algo que suena tan nuevo y excitante como entonces. Tyner resulta algo austero en sus intervenciones hacia el público pero este laconismo se transforma en imparable locuacidad cuando está al piano. Demostró ser un maestro improvisador que puede tocar espaciosas melodías y relampagueantes escalas cromáticas, hasta forzar los límites de la técnica.

Quizás Brian Auger, que celebró en el escenario su 65 aniversario, ya no ocupe los primeros puestos de las listas como a finales de los sesenta, cuando popularizó el Hammond B-3 en la música británica. Pero no decepciona. Sigue en activo con su banda The Oblivion Express. Como si estuvieran en un pequeño club, consiguieron una buena comunión con el público. La segunda parte del programa la ocupó Richard Bona, en formación de quinteto, que ofreció un concierto íntimo y matizado. Arrancó con fuerza evocando a Pastorius y su *Liberty City*, al que añadió frases de *Birdland* de Weather Report. A su talento con el bajo, que toca sensiblemente con la técnica del slap-incorpora en la actualidad pedales de

Fotos Marta Pinilla



Dave Brubeck



Michel Camilo



Wynton Marsalis

EN CONCIERTO

efectos-, se une su voz suave, agradable al oído, que raramente se escucha más allá del susurro.

Fugaz fue el paso de Steve Winwood. Apenas hora y cuarto de concierto, que transcurrió como una exhalación. Tenía prisa por tomar un vuelo y cambió el orden del programa. Winwood está por encima del bien y del mal, y su público se lo disculpó. Es un músico que ha atravesado por múltiples etapas; prácticamente no le queda nada que probar. Su voz tenor soulera y quejumbrosa, siempre a punto de romperse, no se escuchó demasiado durante el concierto.

Puso cierre a la noche la cantante Lizz Wright. Difícil tarea se le presentaba tras lo caldeado que se quedó el ambiente. Pero Wright es fuerte y muy segura de sí misma. Tiene una voz suave y sedosa y transita por la variante del jazz contemporáneo y el neosoul.

Un concierto donde predominaron tiempos medios acariciadores, como *Nature Boy*, que Wright interpretó en su punto y sirvió para mostrar su sofisticación y *charme*.

La baja de Jimmy Smith fue un duro golpe. Su banda, que también sufrió mermas durante la gira -el bajista y el saxofonista se quedaron por el camino-, salió del trance con un ameno concierto de standards hábilmente trenzados por el prolífico guitarrista Phil Upchurch. Hacia el final invitaron al armonista Antonio Serrano en un par de números: *Caravan* y *St Thomas*.

Tras el descanso llegó el cuarteto liderado por Antonio Serrano, y José Reinoso. Los dos se unieron en un proyecto que introduce con maestría y delicadeza composiciones propias y arreglos a temas de Astor Piazzolla o Tom Jobim, utilizando el lenguaje jazzístico sobre bases de chacareras, candombé, bossa o tango. Acompañados por Horacio Fumero y José San Martín, forman un grupo donde la interacción entre los músicos y la improvisación toman un papel relevante. El concierto, producción del Festival, contaba además con el cantaor Miguel Poveda como invitado. Cantó tangos de Gardel, boleros y un poema de Benedetti musicado por Reinoso. A Poveda le va bien en esta experiencia, reveladora de que tango y flamenco tienen en común el lamento. Todo festival que se precie tiene algún gran "enterteiner". Son los cabezas de cartel, garantizan llenos y cumplen su cometido. Aquí hubo varios. Los Blues Brothers regresaron y llenaron. Los encargados de caldear la noche fueron Ferrolblues, con la versatilidad y el magisterio de la música negra. Será porque son de Cartagena que despiden ardientes pasiones sureñas. Poderosos, vitales, impusieron su gran clase en un concierto a su medida. Un concierto de Solomon Burke es una experiencia de lo más gratificante, y no sólo por la oportunidad de contemplar de cerca a uno de los padres del género. Es soul en estado puro. Burke

es un showman que no deja nada al azar y sus músicos conocen bien el oficio.

Wynton Marsalis volvió a San Javier. Esta vez con la LCJO, que dirigía desde la sección de trompetas dando oportunidad a los solistas para que se soltaran, y prologando los temas con sus comentarios afables. La LCJO no es lo que mejor retrata su personalidad, pero sí lo más adecuado para reflejar su compromiso con el jazz clásico. Destacó Ted Nash al saxo alto, y en la sección rítmica -una orquesta dentro de la orquesta-, el pianista Eric Lewis. Pero Marsalis fue la estrella, con o sin trompeta. Cumplido el protocolo de concierto oficial, lo mejor llegó a la propina, con Marsalis en formación de quinteto haciendo un tema de su disco *Magic Hour*. Con la Soulhop Band, coliderada por Bill Evans y Randy Brecker, prevaleció el lado más rítmico y estimulante sobre el jazz contemporáneo de área reservada. La banda está reforzada por una poderosa sección rítmica: Steve Smith, (bat), Victor Bailey (b), Dave Kikoski (p) y el inagotable Hiram Bullock (g), que protagonizó momentos estelares con su enorme presencia escénica. El madrileño Joaquín Chacón presentó su European Quintet, integrado por el saxofonista y clarinetista danés Uffe Markussen -con quien colabora desde la época de Solar-, el contrabajista Mario Rossi, el pianista Ben Besiakov y, como invitado, el baterista estadounidense Billy Hart. Chacón mostró

su habilidad como guitarrista, y sus composiciones crearon un ambiente cálido permitiendo comprobar su tacto melódico. Lo más destacado fue el solo final de Hart, que, acabó al borde del disloque integral. El público le despidió en pie, como reconocimiento a su trayectoria y fortaleza.

El quinteto del guitarrista catalán Josep Soto presentó *Parabolic*, integrado por composiciones propias que combinan, flamenco y ritmos latinos. El concepto, más de grupo que de solistas con acompañantes, lo complementó una de las mejores voces del jazz español, Carme Canela, centrada sobre todo en un repertorio brasileño que abarcó temas de Djavan, Milton Nascimento o Elis Regina.

Deborah Coleman, es una de las estrellas emergentes gracias a su combinación de blues desgarrado y soul profundo. Cuando entra en acción con su Fender Telecaster, que toca aguijoneándola, es como una jam de blues al rojo vivo y a toda mecha.

El trío de Esbjörn Svensson ofreció una eficaz combinación de sonidos acústicos y electrónica. Cerca del jazz, o mejor empapados en él, es fácil encontrar ecos de drum&bass, ambient, rock y hasta clásica. ¿Nuevo jazz? como dicen algunos, ¿pop enmascarado de jazz? Su música es todo en uno. Desde sonidos esféricos pasando por otros apocalípticos, mezclando jazz y rock en una atmósfera electrizada de continuos crescendos.

En formación de trío, -Charles Flores, contrabajo y Horacio Hernández, batería-, Michel Camilo regaló música sin fiebre retórica, fresca, y plena de genio, combinando sobre un mismo teclado la influencia de su entorno original, su formación clásica y su vocación por el jazz. Camilo es un músico eminentemente rítmico, sagaz y de talento casi reflejo para fragmentar las atmósferas sin romper su significado. Tanto él como sus músicos tienen swing y un entusiasmo ilimitado, y verlos en vivo, con su maestría y brillante técnica, es como presenciar la energía de una tormenta tropical.

Angel Sopena

30 DE JUNIO A 4 DE JULIO
XXVIII Festival de Jazz
Getxo - Vizcaya

El devenir de un festival de jazz se mide por la intensidad de sus pasiones. Pasión que una mano sudorosa y magra inventa sobre el falo bien tensado de un contrabajo, y pasión vocal en el ataque improvisatorio de unos versos de blues caldeadito por las horas del jazz, que son las horas de la noche y la ingesta de las buenas pasiones. Desapasionado voy y de pasiones os escribo. Éstas se encuentran muy cómodas en los festivales de jazz. Las pasiones seducen al público mediante espectaculares actuaciones de blanco satén que bajo la forma de un recuerdo puede uno llevarse a casa y contarle luego a un amigo. Pero en cierto sentido -y al margen del talento creativo que cada músico ofrezca ante mil caras atónitas-, la única pasión válida reside en el uso inteligente del dinero que pone en juego un festival. Bien distribuido, su dinero puede dar cabida a artistas no entronados

todavía por la publicidad y la imagen dando entrada a nuevas propuestas. Y Getxo, a través de su Concurso, abre su puerta a gente talentosa y joven. Esa es la pasión del riesgo. Ejemplo paradigmático del buen hacer de una organización que apuesta por la calidad de otras vanguardias. A lo largo de cinco días, excelsas figuras internacionales y jóvenes grupos han tocado sobre la misma tarima, y aunque unos cobren por su laureada fama (también por lo que han sido y nunca volverán a ser) y otros reciban el cheque de una humilde genuflexión, Getxo da la oportunidad a creadores desconocidos. Quizá porque ya los nombres se repiten, aunque se trate de McCoy Tyner o Barbara Hendricks. Entre crítica y periodistas, anhelos hay por ver nuevas cumbres de jazz fresquito a la luz de músicos que den la oportunidad de asomarse un instante a un añorado

despertar del jazz. Y en lo que se refiere a esta edición los jóvenes no han defraudado, para eso estaba la sección Tercer Milenio (seleccionados por el Instituto de la Juventud) y el concurso europeo cuyo grupo ganador, Jazz Sextet of Rostov, tiene facilidad de ganarse al público en compenetradas dosis de hard bop y tantéos latinos. Al trompetista solista me lo encontré tocando por las calles bilbainas al día siguiente de resultar ganador, porque la profesión va por dentro tanto como las necesidades. El premio de 3.000 euros y la edición de un disco les ayudará en su cruzada: la de aquéllos que parten de cero habiendo currado duro en clubes de Rusia cuando el jazz sonaba rojo. Bien es verdad que los miembros del jurado dudaron entre rusos y noruegos: el trío Listen!, propuesta mucho más arriesgada de saxo, tuba y piano, que al final quedaron

segundos en el palmarés. Pero allí conforme llega la noche uno sacude sus manías y se deleita con los otros nombres, los grandes nombres. Chano Domínguez estuvo ciertamente superior y ofreció un repertorio entre popular (*Vámonos a Cádiz, El Toro y la Luna*) y temas más cerebrales, lubricados con el duende de quien es desde hace ya tiempo adalid de la fusión flamenco jazz junto con Jorge Pardo, que sí parece un duende viejo y sabio. Acompañado de Mario Rossi al contrabajo y Marc Miralta en el alucinado manejo de ese tocar de platos tan personal. McCoy Tyner se resarcía ejemplarmente de su última actuación en Vitoria. Entró con un andar ellingtoniano y puso idéntica elegancia en su lluvia de acordes femeninos y potentes. Llevó consigo una excelente pareja de batería y contrabajo (sublime Charnett Moffett) ganándose la ovación de aplausos encantados. El broche de cierre lo puso la soprano Barbara Hendricks, mujer de voces tomar y pluriempleada que alterna su trabajo en óperas y teatros con contadas actuaciones jazzísticas. Importa bastante que estuviese acompañada por el Magnus Lindgren Quartet, cuarteto ganador del concurso de Gexto en 2000, cuyo joven saxofonista dio el retoque de color al lirismo de la voz de ébano. Lidiaron juntos: modelo a seguir de un festival capaz de agrupar sobre las mismas tablas artistas de enciclopedia con propuestas de cordel.

Miguel Garrido

3 Y 6 DE JULIO
Barbican Jazz
Londres

Curioso programa doble éste: dos saxos tenores de la misma generación, ambos prestigiosos, ambos contratados por



EN CONCIERTO

multinacionales, pero con orientaciones estéticas que no podrían ser más dispares. Michael Brecker, con un proyecto de origen británico, abrió la velada y desde el principio mostró una energía que para sí quisieran muchos jóvenes (¿para cuándo un dueto/duelo con James Carter?). El grueso del repertorio lo integró su último disco (*Wide Angles*), más algún añadido como *Arc of the Pendulum*, con arreglos de Gil Goldstein para secciones de viento (trompeta, trombón, trompa, flauta, clarinete y oboe), ritmo y cuarteto de cuerda, arreglos que consiguieron integrar las cuerdas a base de ritmo y armonías densas, a ratos deudoras de Gil Evans. Sobre semejante colchón, un Brecker potentísimo se dedicó a buscar incesantemente todas las vías melódicas posibles, entrando y saliendo de los arreglos con un virtuosismo inaudito. Como curiosidad, dio un descanso a su saxo e interpretó un tema con una nueva versión del EWI, su “instrumento electrónico de viento”, una lectura distinta y nada gratuita del “sonido de la sorpresa” que decía Whitney Balliett. El final, un tema frenético con tintes celtas que dejó a Brecker jadeando y al público con ganas de más. Semejante derroche de energía encontró su contrapunto, quizás demasiado abrupto, en una segunda parte en la que Lovano y compañía, recién llegados de París, ofrecieron un repertorio principalmente de baladas. O quizás habría que decir Hank Jones y compañía, dadas las

estruendosas ovaciones que el público le dedicó al pianista al llegar, al despedirse, y después de cada uno de sus solos, homenaje más que merecido a 60 años de carrera como profesional del jazz y como maestro del arte -¿extinguido?- del acompañamiento. Aunque le costó entrar en calor, los años no perdonan, cuando hacia el final del concierto atacó *Budo* de Bud Powell, demostró que aún le quedan recursos y fuerzas para bordar un solo y como líder de un trío rítmico articulado gracias a pequeños arreglos bien ensayados, en el que Mraz demostró que al contrabajo es intocable, por técnica e ideas, y Mackrel se limitó a cubrir discretamente el hueco dejado por Paul Motian, baterista original del grupo. Lovano por su parte estuvo hábil al ceder el protagonismo al trío acompañante, y tuvo una tarde correcta, su tono al tenor es añejo y afable al fin y al cabo, y sigue luchando, supongo, con la manía de mirar el reloj cuando cree que nadie le ve. Fiesta, jaleo, juerga, jarana, y alegría, sobre todo alegría la del público que salió extasiado de este concierto de Chick Corea. Por partes. Este señor tiene 63 años y más tablas que una carpintería. Ofreció dos conciertos seguidos, uno con Touchstone (grupo que celebra el disco del mismo nombre) y otro con el trío acústico. El primero sobrepasó la hora y media, y el segundo rondó las dos horas. Como todo hombre sabio, el truco de Corea es ser amable con su público -al

bolsillo según pisó el escenario-, buscar colaboradores de confianza y darles juego. En la segunda parte los colaboradores fueron los habituales John Patitucci y Dave Weckl en formato de trío acústico. En la primera Corea se presentó con Jorge Pardo (ss, fl), Carles Benavent (b), Tom Brechtlein (bat), Rubem Dantas (perc) y Gayle Moran (voc). Tras larga presentación, en la que explicó el papel de Dantas como introductor del cajón en el flamenco, se lanzó a un recital en el que compartió espacio con sus acompañantes a partes iguales, con triunfo arrollador de Benavent, que dejó cientos de honorables posaderas británicas pegadas a sus respectivos asientos con su virtuosismo a la guitarra baja semiacústica de cinco cuerdas. No lejos anduvo Jorge Pardo, quien, como único miembro de la sección de vientos “jondos” asombró por su compenetración con Moran. En cuanto a la percusión, fue omnipresente, oscilando entre los fandangos y la samba pasando por unas “malagueñas coreanas” en las que se volvió a lucir Benavent. Muy alto quedó el listón para el siguiente grupo, el trío acústico. A pesar de estar naturalmente desprovisto de la exuberancia de su predecesor, Patitucci y Weckl se encargaron de borrar el recuerdo de Touchstone por unos instantes. El bajista estuvo muy entregado, pareció entrar frío de manos, pero no obstó para que diera una lección de inventiva

melódica y de acompañamiento, tan frenético como se lo requirieran sus dos colegas. En su lectura de *But Beautiful* Corea estuvo exquisito, con ecos lejanos de Debussy, mientras Weckl daba su propia lección a los platos. Tras el largo pase del trío y la ovación de un público eufórico y en pie, regresaron Benavent, Pardo y compañía para interpretar el clásico *Spain*, con la participación del público, que aportó, aportamos, un acorde de Si menor en cinco partes, el del adagio del *Concierto de Aranjuez*. La fiesta sobre el escenario fue mayúscula, con un dúo fantástico entre bajistas y un éxtasis musical que dejó a músicos y público con una excitación como hacía años que un servidor no veía. Una de esas raras ocasiones en que a uno le tiemblan las piernas al salir de un auditorio.

Fernando Ortiz de Urbina

3 AL 10 DE JULIO
XXIII Estoril Jazz
Estoril (Portugal)

Tengo escrito que a Estoril se va a escuchar jazz, y el que busque otras cosas, que no vaya. A Estoril, por ejemplo, se va a escuchar a Mark Shim, que es el nuevo talento del saxo tenor, o cosa parecida, solo que este cronista no pudo estar a tiempo. El que se le vino encima a poco de llegado fue un baterista de nombre Ronald Brunner, sujeto en quien uno creyó ver al “nuevo” Tony Williams. El chico le daba de forma no vista a los tambores y Kenny Garrett pareció sacar partido

de ello en un largo tema de introducción marca VSOP. Como ocurre con Gary Bartz, a Garrett el saxo alto le sabe a Coltrane mientras que, con el soprano, tiende a reposar su discurso sintiéndose inspirado por el folclore del Oriente lejano. Semejante estado de indefinición perjudicó la imagen de conjunto del recital: ¿con qué imagen de Kenny Garrett nos quedamos?

Branford Marsalis salió al coqueto escenario del Parque Pamela, el jueves 8, vestido con ropa de calle, la única que le quedó tras de que le perdieran la maleta en el aeropuerto lisboeta. Un Branford distinto por dentro y por fuera respecto al que escuchamos el año pasado por estas mismas fechas. Cual corresponde a una generación que reconstruye la esencia del jazz paso a paso, el hermanísimo parece ahora afectado por el virus de la baladitis, lo que no es malo per se, pero sí algo tedioso a la larga, cuando a una balada le sucede otra y otra y otra... Branford ha descubierto a Don Byas y a Dexter Gordon aunque constantemente se va a Coltrane; se ha enterado de que Nat "King" Cole escribió una delicia denominada *Dinner for One Please, James* y aún se toca un bolero, si bien de forma anémica y lamentable. Con todo esto, su concierto fue una prueba de resistencia (a no dormirse).

Es posible que hace años, la presencia sobre un escenario de la Clayton-Hamilton Jazz Orchestra no hubiera llamado la atención en la medida en que lo hace hoy en día. La razón es muy sencilla: antes, había otras big bands. Ahora, está la Clayton-Hamilton y pare usted de contar. Pero es que, además, es una big band de las buenas, swingeante y poderosa, con una sección rítmica solvente, un elenco solista de fuste (incluyendo al veteranísimo Snook Young)

y un repertorio de lo más entretenido. En Estoril tocaron a Ellington y a Johnny Hodges, lo que es, casi, la misma cosa; a Sonny Stitt (*Magic Triangle*) y un bugalú en homenaje a Horace Silver en su 75 aniversario. La Clayton-Hamilton Jazz Orchestra es el ABC del jazz: esto, los niños, deberían aprenderlo en la escuela. Cosa muy distinta fue el concierto de clausura a cargo de un conjunto All-Stars convocado al efecto por el baterista Lewis Nash entre sus colegas de profesión neoyorquinos. Aires de jam-session para una noche sin sorpresas que permitió disfrutar del arte de unos improvisadores instalados en la tradición del bop y derivados: los Eric Alexander, Lew Soloff, Vincent Herring -un parkeriano razonable- y Wycliffe Gordon, verdadera enciclopedia viviente del trombón de jazz. Su versión de *Cherokee* fue todo lo espectacular que es posible

imaginar. Hubo, también, el concierto de la Randy Brecker-Bill Evans Soulhop Band del que poco puede decirse porque poco, o más bien nada, es lo que aportó.

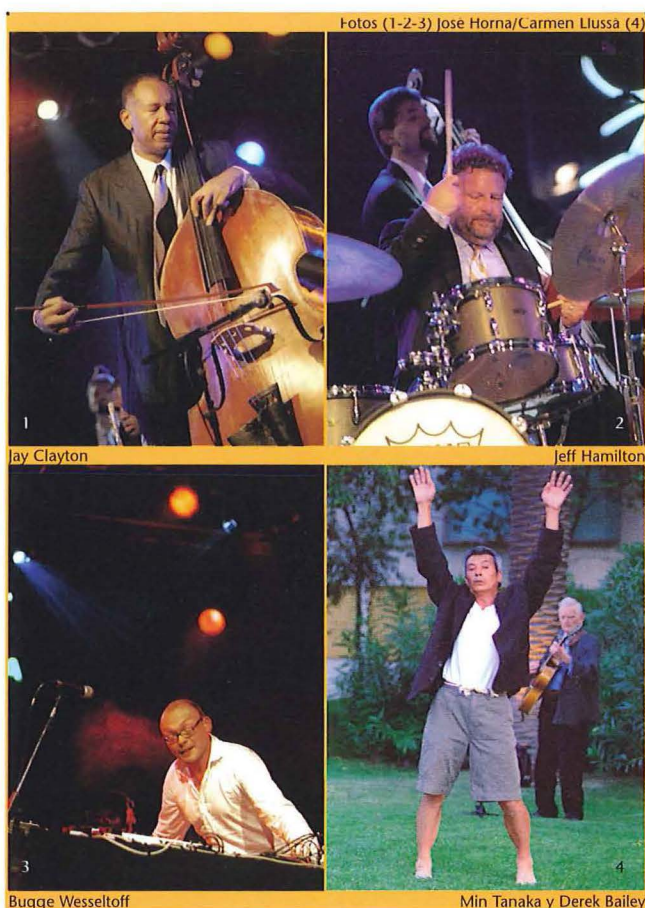
José M^a García Martínez

JUNIO-JULIO 2004
Nits de Música
Fundació Joan Miró
(Barcelona)

Un año más, y ha sido la decimoprimer edición, la Fundació Joan Miró de Barcelona ha presentado su ciclo de música dedicado a la improvisación. Los conciertos se iniciaron con la presencia de Derek Bailey & Min Tanaka, dos maestros en sus respectivas disciplinas, el primero en la libre improvisación y el segundo en la danza "butoh". Este concierto se llevó a cabo en los jardines de la Fundació, con la intención de dar una mayor libertad a los artistas. Ello permitió a Tanaka disponer de un enorme

espacio para experimentar tanto su técnica corporal como sensorial, mientras que Bailey iba recorriendo diversos puntos del jardín realizando improvisaciones sin concesiones que en momentos consiguió acoplar a la danza de Tanaka. Una de las veladas más interesantes de este ciclo la proporcionó el concierto en solitario de Christine Wodrascka. La pianista concibe su discurso musical como un todo que se encuentra compuesto de diversas piezas que a su vez desarrollan ideas independientes pero relacionadas con ese todo de una forma orgánica. Las piezas desarrollan conceptos improvisatorios independientes a la búsqueda de figuras y recursos sonoros, para ello Wodrascka despliega gran cantidad de recursos pianísticos (ya sea en el teclado o en el interior del piano), así como elementos provenientes de la música clásica, todo ello soportado por una fuerte carga tanto percusiva como sonora del piano en la zona grave del teclado.

El plato fuerte lo protagonizó el grupo de Don Byron, que ofreció un concierto ecléctico al desarrollar diversas tonalidades, consecuencia de los diversos tipos de música que interpretó. El clarinetista, arropado en todo momento por una estupenda banda, desarrolló temas de auténtico calado, entre ellos una revisión de *In a Silent Way*, donde tanto las improvisaciones de Byron como las creaciones de los integrantes del cuarteto (con especial mención al baterista Pheeroan akLaff) proporcionaron los mejores momentos de la velada. No podemos dejar de señalar la estupenda versión de *Orfeo Negro*, presentada en un ambiente rítmico, altamente obsesivo y repetitivo, que resultó decisivo en la



Fotos (1-2-3) Jose Horna/Carmen Llusa (4)

Jay Clayton

Jeff Hamilton

Buque Wesseltsoff

Min Tanaka y Derek Bailey

EN CONCIERTO

interpretación del tema. Sin lugar a dudas, un gran concierto.

Juan Carlos Abelenda

4 AL 11 DE JULIO
12° Blues a Roses
Festival de Blues, Jazz y Gospel
Roses (Girona)

Realizado entre el domingo 4 y el domingo 11 de julio, con el marco casi permanente del magnífico recinto amurallado de la Ciudadela (un lugar casi mágico, que desmiente la categorización de Roses como un pueblo exclusivamente dedicado al turismo impersonal de grandes hoteles), este decimosegundo festival basó su programación casi exclusivamente en el blues y aledaños, con la presencia del grupo del notable saxofonista Llibert Fortuny, los escarceos jazzísticos de María del Mar Bonet y Manel Camp y la formación SitJazz Band como únicas aproximaciones al jazz. A pesar de que el tiempo no ayudó (hubo que trasladar algunos conciertos al Teatro Municipal y la noche del sábado casi termina en desastre acuático), la amabilidad de la organización y las ganas de hacer las cosas bien terminaron imponiéndose. Entre los músicos que más destacaron, la voz potentísima de Angela Brown (reemplazo de último momento de Mel Brown, quien no pudo presentarse por aquellas odiosas cuestiones relacionadas con visados y cosas así) hizo vibrar las murallas de la Ciudadela y hubo quienes aseguraron que hasta los

fantasmas de los antiguos romanos bailaron al son de su garganta. Fue, también, muy impresionante la presencia de Harry Manx, un interesante guitarrista que consigue una fusión entre los sonos hindús de sus instrumentos y un cálido blues rural que no suena para nada forzada. Manx tocó heroicamente bajo una lluvia que espantó a la mayoría del público. Más tarde, el mismo sábado 10, el reverendo Lee Brown y su Gospel Consort generó un caldo bulliente de gran música, ritmos infecciosos y plañideros sermones en partes iguales, que, eso sí, y quizás para más de uno sea prueba de la existencia de alguna divinidad complacida, paró la lluvia. Más tarde, el grupo Shri trajo una rutinaria fórmula de blues duro y rockero, para, al día siguiente, dejar el escenario calentito para María del Mar Bonet.

Eduardo Hojman

8 AL 16 DE JULIO
17 JAZZ EN LA COSTA
Almuñécar (Granada)

Con lleno diario, el Festival Jazz en la Costa de Almuñécar se establece como el cuarto en importancia del verano jazzístico español y el primero en la Comunidad andaluza. La organización estima en casi 15.000 las personas que han pasado por el Parque del Majuelo para asistir a alguno de los nueve conciertos programados este año. El festival se abrió el jueves 8 de julio contando con la presencia inusual de la soprano Barbara Hendricks en

un escenario jazzístico, la incuestionable calidad de la cantante chocó con las peculiaridades de un repertorio de standards de jazz. El resultado fue cuando menos peculiar y muy bien resuelto en piezas como *Summertime* pero también disonante en otro material interpretado con más técnica belcantista que con swing. Sus acompañantes, el grupo de Magnus Lindgren, fueron el contrapunto auténtico a un híbrido tan extraño como curioso. En el zigzaguestilístico que caracteriza a esta muestra el guitarrista Mike Stern dejó en la Costa Tropical una actuación electrizante, su visión del jazz rock y el jazz de fusión es tan alta como bajo sonante, lo que el público agradeció ya que es un género propenso a los excesos técnicos y el virtuosismo más exhibicionista y masturbatorio. Lionel Cordew en la batería requirió atención propia en varios puntos del concierto saltando por encima de las exigencias rítmicas básicas, mientras que el bajista Chris Minh, enchufado o no, fue un escolta cumplidor y gustoso en sus solos. Jazz en la Costa cambió la marcha por completo el 10 de julio para ofrecer una atípica actuación de la orquesta Ciudad de Granada. Un repertorio cinematográfico dedicado a Nino Rota fue el argumento sonoro para esta formación que estuvo dirigida por Josep Pons y como invitado contó con el pianista italiano Benedetto Lupo. De regreso a los géneros negros, tras la calma llegó la

tormenta en este caso con nombre de mujer: Deborah Coleman, con muy buen pulso guitarrístico y excelentemente dispuesta en el escenario, supuso un descubrimiento para muchos aficionados, sobre todo por su originalidad y frescura a la hora de moverse entre la frontera del blues y el rock sin caer en los estereotipos ni las redundancias, que ya es difícil, y con un toque modernista y abstracto muy de agradecer. El denominado 'Concierto familiar', gratuito y para todos los públicos sin excepciones, fue uno de los mayores éxitos del programa. The Missing Stompers, una formación de dixie y música de Nueva Orleans con un delirante sentido del humor, hizo las delicias del público tanto por sus pulcras interpretaciones, con la cantante Teresa Luján de invitada, como por sus ocurrentísimos gags. El grupo prepara actualmente su segundo disco, cuyo avance fue el material para este concierto. Roy Hargrove fue otro plato fuerte del programa. El trompetista tejano con un premiado pasado latino se ha reconvertido en un pandillero del Bronx que ha hecho de los ritmos más urbanos el principal argumento de su grupo RH Factor. Una potente agrupación orgullosa de raza (hasta el histrionismo), que circuló a escape libre por las calles del funk más duro y el esquinado hip hop. Abrumadores. Hay algo en los conceptos musicales de grupos como éste, o los M-Base y Five Elements de Steve Coleman, que trae a la

(sigue en pág. 12)

Heineken 39. Jazzaldia

donostia-san Sebastián uztaila 23-28 julio 2004

www.jazzaldia.com

Gracias a todos por darnos algo más que Jazz

A los músicos, patrocinadores, colaboradores, periodistas, especialistas y , sobre todo, a los espectadores que han dado calor a todas las actuaciones para darnos algo más que Jazz y convertir San Sebastián en una gran fiesta de la música.



Donostiako Udala
Ayuntamiento de San Sebastián



Gipuzkoako Foru Aldundia
Diputación Foral de Gipuzkoa



 kutxa



EL DIARIO VASCO



SATCHMO JAZZ



Institut Valencià de Cultura

EN CONCIERTO

(viene de pág. 10)

memoria las colectividades sonoras del “black power” de los sesenta, y por su puesto al Miles Davis electrizante, a quien dejó claro con *In a Silent Way* nada más comenzar, que debe casi todo lo que sonó en Almuñécar tanto en fondo como en forma.

El maestro Kenny Barron llegó a sentar cátedra entre tanto chaval desmedido y arrogante. Su concierto fue una delicia para el aficionado al jazz ‘como dios manda’, exquisito y refinadísimo, cambió el registro tímbrico de sus habituales conciertos incorporando el color del vibráfono y la flauta. En su jovencísima banda figura un nombre que hay que retener: el de la baterista Kim Thompson, un portento con apenas veinte años. Oteando ya el final del festival Richard Bona repetía con su remedo de Weather Report. Siempre quiso ser como Pastorius y ahora el camerunés ha montado un grupo exacto, aunque su personalidad aflora con más interés cuando canta sus estremecedoras canciones africanas en douala, su idioma materno. Y muchísimo más todavía que cuando hace salsa, su último y bastante poco afortunado descubrimiento.

Entre otras cosas porque para hacer música caribeña hay que tener el gen en la sangre, como Cubanismo, la extensa banda de Jesús Alemany, un intento de retomar los años dorados de las big bands cubanas hecho a la medida del oyente, y tan brutal en sus interpretaciones timberas como faltos de personalidad propia. En sus fila encontramos como

cantantes invitados a dos históricos de la cubana museística; Rolo Martínez (de la Orquesta de Felix Chapottín) y Laito Jr. (La Sonora Sonora). Un Timbón para bailarores de despedida. Por cierto, los cubanos se llevaron una caja de ron de Motril, completamente asombrados de que en Europa se fabricase ron.

Juan Jesús García

11 AL 17 DE JULIO
28º Festival de Jazz
Vitoria-Gasteiz

La hermosa ciudad de Vitoria volvió a vestirse de jazz para acoger la vigésimo octava edición de su Festival, con un programa cuyo grueso se centra en la oferta tripartita de sus escenarios (Polideportivo de Mendizorrotza, Teatro Principal y Hotel Canciller). El primer plato fuerte venía servido de la mano de Herbie Hancock, Wayne Shorter, Dave Holland y Brian Blade, atractiva reunión de pesos pesados que practicó un jazz fronterizo -cercano a la atonalidad aunque cimentado por una línea de bajo sencilla y repetitiva- con protagonismo destacado de Shorter. El saxofonista presentó dos caras muy diferentes: en los primeros temas se empeñó en descomponer toda idea melódica en frases quejumbrosas, intermitentes y plagadas de silencios, para mostrar después un discurso más cómodo, con un uso más decidido de las escalas y las frases largas. A continuación entraron en escena Bill Evans y Randy Brecker con su Soulhop Band 2004, para ofrecer un concierto en el que

la aportación más interesante fue la del pianista David Kikoski, más creativo que los líderes de la banda, muy competentes pero previsibles y mecánicos. La orquesta de los hermanos Clayton y del batería Jeff Hamilton, con arreglos preciosistas y una interesante sección de saxofones, fue el entramado perfecto para la cantante Patti Austin quien, con una voz limpia, natural y poderosa y un sentido privilegiado para el scat, homenajeó a Ella Fitzgerald desgranando joyas de un repertorio que parecía haber sido compuesto para ella. Solomon Burke, hombre-espectáculo ahogado por los clichés de su propia grandilocuencia, se sentó en un trono en el que el jazz fue el gran ausente. El cuarteto de Avishai Cohen, en cambio, se empleó a fondo con temas originales a los que se añadió la guinda de una versión funky de *Caravan*. Aunque los cuatro brillaron con luz propia, subrayaría la actuación del pianista Sam Bar-Sheshet, que emuló al Bill Evans de *From Left to Right* al repartir sus manos entre el piano y el Fender-Rhodes. A poca distancia, en otra de las salas del hotel Canciller, era el trío de Lewis Nash el encargado de amenizar a los presentes con standards y una visión más clásica, en la que no faltaron las demostraciones de recursos por parte del baterista. Avishai Cohen doblaría su participación el día 15 para formar parte del trío de Chano Domínguez junto al baterista Jeff Ballard, quien también acompañaría a Mark Turner en el Teatro Principal. El pianista gaditano consigue

fusionar con asombrosa facilidad standards, canciones populares, blues, bulerías, música cubana, pasando de un terreno a otro sin que apenas se perciban las lindes que los demarcan. Fue sin duda el turno del buen gusto y la elegancia. El cuarteto de Branford Marsalis se ocupó rápidamente de borrar ese sabor de boca y traducirlo en una entrega incondicional a la intensidad más frenética, a la técnica apabullante y a la sobrecarga de notas en detrimento de la verdadera comunicación. Ante tanto derroche, en el que la apisonadora Jeff “Tain” Watts asumió la mayor responsabilidad, el pianista Joey Calderazzo, con detalles impresionistas y monkianos incorporados a su propio vocabulario, fue el más sutil. Bobby McFerrin estuvo empalagoso y repetitivo-exceptuando buenas versiones de *She* (Aznavour), *Blackbird* (Beatles) o *Honeysuckle Rose*- y no supo sacarle jugo a la participación del coro local Kantilena. Su relevo en escena, Take 6, buscó la complicidad del público en vez de ofrecer ideas originales: no pasaron del aburrimiento. La Juilliard All Stars, responsables también del seminario ofrecido en el Conservatorio Jesús Guridi, se despachó a gusto con bop de muy buena calidad, con un par de temas de recuerdo a los desaparecidos Elvin Jones y Ray Charles. Y por último, con el Premio Príncipe de Asturias todavía calentito bajo el brazo, Paco de Lucía cerró las noches de Mendizorrotza en una actuación soberbia en la que el acento jazzístico corrió a

cargo de Antonio Serrano a la armónica, Chano Domínguez, y posteriormente el trombón y el trompeta de la Juilliard, incorporados a una suerte de jam para ofrecer un esperado bis (*Entre dos aguas*) que recibió una sonora ovación.

Jazz del siglo XXI

El trompetista Russell Gunn se cayó del cartel para ser sustituido por un interesante dúo: los franceses Sylvain Luc (guitarra) y Stephane Belmondo (trompeta). El primero hizo gala de una concepción orquestal de su instrumento, con tintes de folk y del enfoque rítmico de Tuck Andress, mientras su compañero alternó el bop con la sonoridad paisajística del fisco. En la propuesta de Mark Turner, magistralmente acompañado por Jeff Ballard y su batería con doble caja, se echó en falta un instrumento armónico que clarificase un poco las ideas. Si Turner es un saxofonista dado a refugiarse en los silencios y las frases entrecortadas, Soweto Kinch destaca por lo contrario: un ataque frontal y denso. Su bis, *Giant Steps*, lo dijo todo.

Bojan Z, que en solitario recuerda inevitablemente a Keith Jarrett, presentó como sorpresa a su compatriota Julien Lourau, un saxofonista con gran olfato para parir melodías. Lamentablemente, el que esto escribe no pudo asistir a los conciertos de Eric Trufazz, Bugge Wesseltoft y Geri Allen otra vez será.

Quinito L. Mourelle

20 AL 23 DE JULIO
UniversiJazz 2004
Valladolid

Los aficionados al jazz estamos de enhorabuena: durante el pasado mes de julio el palacio de Santa Cruz de la Universidad de Valladolid acogió la tercera edición del Universijazz, un

Festival que tiene el mérito de asumir un compromiso decidido con la creación artística, ofreciendo una programación que apuesta por las vertientes más creativas y multifacéticas del jazz. Cuatro días dura el ciclo, suficiente para convertir el imponente patio renacentista del siglo XV, en una bombonera de colores musicales que crean afición de la buena, de la duradera. Levantó el telón el trío de McCoy Tyner. Inapelable la contundencia del maestro que a sus 66 años mantiene al menos la misma energía que cuando grabó junto a Coltrane *A Love Supreme*; Charnett Moffett es de esos contrabajistas que aúnan imaginación y técnica, solo que lo suyo de verdad que no es técnica, es tecnología humana de última generación al servicio de la música. Eric Camau Gravatt, un baterista poderoso como le gustan a Tyner, supo estar a la altura de sus compañeros y conformar un grupo de impresión.

Si importante fue el primer día con Tyner no lo fue menos el segundo con un quinteto dirigido por Jorge Pardo y José Luis Gutiérrez. Desde las primeras notas apareció entre el público una electricidad emotiva, emanada de una aptitud de entrega y temple propia de ocasiones únicas. El repertorio, cargado de originales de Gutiérrez y de standards de rompe y rasga, se fue transformando en un concierto entrañable e inolvidable. Chema Saiz estuvo a la guitarra, Iñigo Azurmendi al contrabajo, Tommy Caggianni a la batería, Pardo y Gutiérrez a los vientos. Un gran grupo, de lo más recomendable, todos buenos músicos pero sobre todo buenos amigos, se veía. Al final dejaron en el aire un perfume de arte difícil de evaporarse. Al día siguiente le tocaba el turno al maestro del bandoneón Dino Saluzzi, quien salió a las tablas comentando el fantástico concierto que había visto la noche anterior

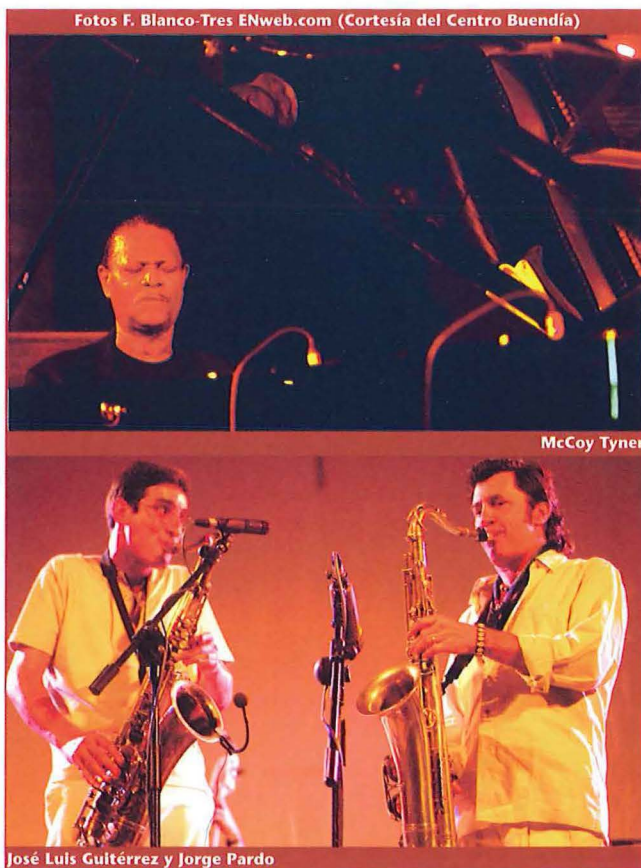
a cargo de Gutiérrez y Pardo.

Dino es un gran músico, de sensibilidad exquisita, sutil. Se acompañaba a la guitarra de su hijo José Saluzzi y al bajo de su sobrino Matias Saluzzi a quienes se veía seguros al lado del maestro. Fue un concierto de apuesta por el espacio, por el silencio, de atmósferas quebradas, de poesía, de tango, de vida... fue un concierto de belleza contenida.

Se cerró el festival con Dave Douglas Sextet, una propuesta donde la parte eléctrica toma una especial importancia, responsabilidad no siempre bien resuelta ya que en varios momentos se apreció cierta dificultad para encajar tanta tecnología con el resto de la banda. Fue un concierto de menos a más donde lo mejor, como digo, salió de los acústicos: destacado estuvo el baterista Gene Lake y, sobre todo, un par de solos del saxofonista Marcus Strickland que hicieron oscurecer al mismísimo Douglas.

Mucha controversia suscita el hecho de si se han de fijar o no cuotas de participación de músicos nacionales en los festivales de jazz, es saludable ver certámenes como el Universijazz en los que esa participación se realiza de forma natural. Así, delante de los grupos internacionales cada día actuó un grupo local, como la cantante Cova Villegas o la Big Band Puentecijazz que lleva mucho tiempo animando la vida jazzística de Palencia. También estuvo el guitarrista Ángel Rubio con su proyecto Jazz Jondo y los gallegos Sumrrá. Sin duda todos ellos demostraron que en España hay buen nivel musical, el público lo agradeció y a la postre contribuyeron a mejorar y completar un sugerente cartel de, sin duda, un buen festival de jazz.

Cruz Arroyo



EN CONCIERTO

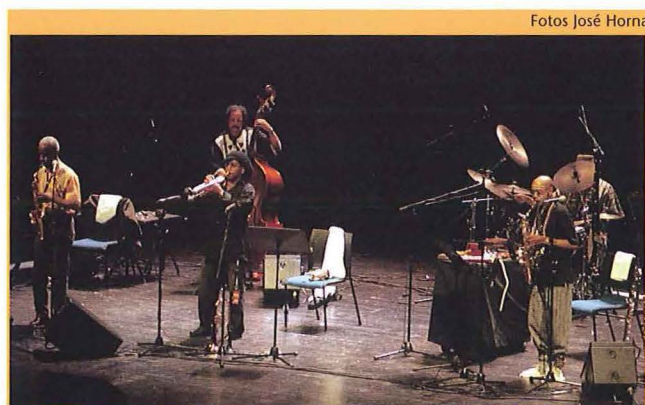
23 AL 28 DE JULIO
Heineken 39. Jazzaldia
Donostia-San Sebastián

El entusiasmo de un festival de jazz puede llegar a medirse con una sola frase. A pesar de que los hados climáticos fueron propicios durante todas las jornadas, el colofón presagiaba tormenta, pero aquello de que “no es agua, que es salsa” lo que caía del cielo cuando rompió a sonar la Spanish Harlem Orchestra junto a Rubén Blades ya entraña suficiente elocuencia sobre la ilusión y el festejo con que se vivió la semana jazzística donostiarra. Se abría el Jazz Band Ball con ocho de otros tantos conciertos gratuitos-vayan tomando nota los programadores de lo que significa ‘proyecto participativo’- en los que cualquiera podría haber sido cabeza de cartel, ya fuera el incombustible Roy Ayer’s Ubiquity, ya el liderazgo afrobeat del nigeriano Femi Kuti, o bien las propuestas tan dispares como las del trío de Danilo Pérez, la que Rebekka Bakken traía del nítido norte o la que, por el contrario, llegaba del sur con el Kora Jazz Trio. La noche, no obstante, fue de Atomic. Es el suyo un jazz que mira al pasado para reconocer a los maestros y apropiárselos hacia caminos en los que la entrega busca desafiar al intelecto y encuentra en su camino palabras como seducción, maestría, riesgo y victoria. Lo mejor de todo es que el baile de neutrones escandinavo todavía duró dos días más, hasta que el quinteto logró cambiar el

color verde de la carpa Heineken por un rojo de intensidad indescriptible. Sólo quien estuvo allí sabrá que lo dicho hasta aquí no es mera hipérbole. Tampoco sería caer en la exageración mencionar que el trío de John Scofield ostenta un *groove* que pocos pueden igualar, como ha quedado patente en el directo *EnRoute* que venían a presentar en la Plaza de la Trinidad. Nils Petter Molvaer, en cambio, transita por otros derroteros, hoy ya un tanto acomodaticios. Este forjador de atmósferas posmodernas -curioso cajón de sastre el del término para los proyectos más inquietos- viene pidiendo un reciclaje que suponemos pronto habrá de llegar, lo mismo

que sucede con Jan Garbarek, que parece vivir de rentas a tenor de la amalgama onírico-sónica que trasladó al auditorio del Kursaal. El mismo escenario que ofreciera la tarde anterior el discurso del reestructurado Art Ensemble of Chicago, tras los decesos de Lester Bowie y Malachi Favors Maghostus. Han pasado los años, pero la filosofía que alienta a la formación se mantiene intacta, tendiendo puentes entre la irritabilidad y el chasquido de dedos, con un pie en el blues ancestral -sin duda, donde más disfrutaron- y otro en la deconstrucción armónica. Y es que si alguien no escapa pitando de un concierto de Art Ensemble of Chicago ya no

sería un concierto de Art Ensemble of Chicago. El final de esa noche acogía las canciones recicladas de Marcos Valle (*Summer Samba*, ¿recuerdan?) y el mestizaje rítmico de Zuco 103. Mientras, en el Heineken Jazz Club, tras la sorpresa del Ziclo 2 del talentoso Gonzalo Tejada, tocaba el turno al proyecto audiovisual de David Mengual, quien presentaba *Deriva*, derivando a otras cosas que llevaban extrañezas un tanto deslabazadas. Más entendimiento hubo en el encuentro con Baldo Martínez, a pesar de que la suya es una música fronteriza en la que la improvisación es tan ajustada como precisa en la ejecución. El ciclo de bajistas se cerraba con Henri Texier Strada Sextet, el más destacado con diferencia de los cuatro conciertos, en parte por su particular modo de entender la orquestación. Orquestación, en este caso vocal, es lo que hizo llenar el Kursaal con la actuación de The Manhattan Transfer. Menos mal que la tarde se arreglaba con dos importantes estandartes de jazz europeo: un impecable Miroslav Vitous Quartet y el incienso sublime de John McLaughlin & Shakti, donde Oriente y Occidente dialogan sin fisuras. La tarde había visto aparecer a Alvin Queen & Organics, pero fueron los swingueantes Ximo Tébar y Joey DeFrancesco quienes encandilaron al público. No en vano se hacen llamar The Champs. Al día siguiente le tocó el turno a la esperadísima Rickie Lee



Art Ensemble of Chicago



Henri Texier



Shirley Horn

Jones, cuya actuación empalideció las de Steve Winwood y The Daughters of Soul, correcta la primera, olvidable la segunda. El festival concluía con la entrega a Shirley Horn del Premio Donostiako Jazzaldia, compartido con Fernando Trueba, y con un Cachao incombustible que auguraba los mejores presagios para la cuadragésima edición de *El Festival*.

Enrique Turpin

24 DE JULIO
Shorter-Hancock-
Holland-Blade
Barcelona

El escenario al aire libre del Teatre Grec, con sus jardines y su cuidada atemporalidad, resultó el marco ideal para uno de los mejores acontecimientos de esta temporada. Tres de los miembros de este cuarteto cargan en sus hombros gran parte de la historia más gloriosa del jazz, aquella formada de aventuras, de exploraciones, de audacia y de fantasía. Así este equipo estelar llenó la noche de una música vital, llena de guiños y audacias y sin concesiones a la nostalgia fácil ni a los caminos trillados. Fue, en definitiva, un concierto pleno de nuevas ideas, de alturas imponentes y de la gran alegría de estar vivo y hacer música. Además de las improvisaciones, un poco frías del principio, la cosa se calentó con temas conocidos. El clásico *Footprints* de Wayne Shorter, fue encarado por el cuarteto en una versión llena de cruces rítmicos y, en uno de los dos bisés, logrados a fuerza de una larga, entusiasta ovación de un público entregado, entregaron una ligeramente desplazada, pero llena de funky, *Watermelon Man*. A pesar de la historia común con Miles Davis de Shorter, Hancock y Holland, en realidad el fantasma que

recorrió aquel mágico encuentro fue el de John Coltrane; piano y contrabajo insinuaron más de una vez, sin llegar a gestarse, la melodía de su *A Love Supreme*. El resto fue una animada interacción llena de guiños entre el piano de Hancock, el contrabajo sutil, melódico y racional de Holland, la batería contundente e ingeniosa de Brian Blade, y los saxos soprano y tenor de Wayne Shorter, siempre a la cabecera de lo que fue, en el fondo, una maravillosa conversación entre cuatro héroes de esa sinuosa leyenda que algunos llaman jazz.

E. Hojman

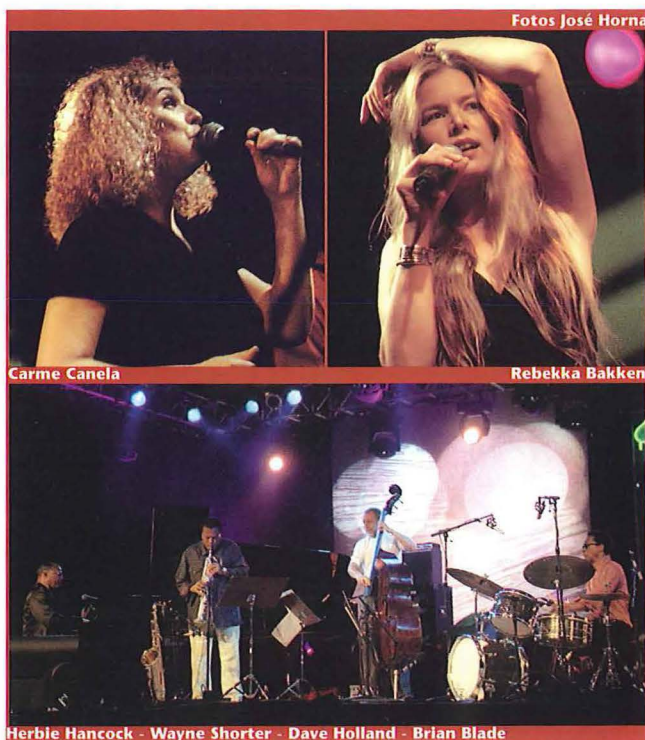
24 AL 27 DE JULIO
XII Festival
Internacional de Jazz
Pontevedra

Las últimas ediciones del Festival de Pontevedra confirman su progresión ascendente y su consolidación a nivel nacional como una de las citas veraniegas más atractivas para los aficionados. Al interés de

carteles que conjugan a figuras consagradas y concepciones más clásicas con nuevos valores y propuestas arriesgadas, hay que sumarle otro distintivo: la gratuidad de la casi totalidad de sus conciertos, celebrados, por otra parte, al aire libre y en un marco arquitectónico difícilmente superable. En esta ocasión fue McCoy Tyner quien tuvo el honor de ofrecer el concierto de apertura. El pianista de Filadelfia demostró en pocos segundos que sus dificultades para caminar por el escenario no se corresponden con una merma de sus asombrosas facultades con el teclado bajo las yemas, y que todavía brilla en él el aura de vaca sagrada que le encumbra como uno de los pianistas imprescindibles de la historia del jazz. El ataque literalmente percusivo de su mano izquierda, y su estilo preciosista, arpegiado y veloz de la derecha continúan cautivando como si no hubiesen pasado los años. Además, lejos de caer en los vicios de su propia leyenda con un discurso agotado, Tyner destripó minuciosamente un

repertorio variado y fresco, en el que también destacó el concurso del bajista Charnett Moffett, muy sólido en el acompañamiento y muy elocuente en los solos. El relevo en las noches pontevedresas lo tomaría John Scofield, acompañado por Steve Swallow y Bill Stewart. En realidad cualquiera de los tres músicos podría haber asumido el liderazgo del trío. Sin duda ésta es una de las mejores formaciones que ha reunido Scofield, y quizá la que mejor subraya su indiscutible personalidad musical. Swallow y Stewart derrocharon abiertamente su calidad de poetas cuyos felices hallazgos son el fruto de la búsqueda de lo sutil, y no de la mera afirmación del virtuosismo. La noche siguiente Bettye LaVette dejó patencia bajo las estrellas de una voz rasgada, potente y con mucho sentimiento, aunque ni el repertorio - anquilosado en el soul más primitivo- ni el grupo -más ducho en el rhythm & blues de los temas de presentación- la arroparon convenientemente. La despedida corrió a cargo de Roy Hargrove quien, después de homenajear al Miles Davis de *In a Silent Way* en un gran tema de apertura, se dedicó a rescatar a otros iconos y géneros de la cultura negra con un resultado dispar, incidiendo en exceso en los mismos ritmos y decantándose más por el baile que por el jazz. Quizá lo mejor del concierto fueron los solos del propio Hargrove, a veces desaparecido entre una banda numerosa, y alguna improvisación colectiva al estilo Mingus en la que se alcanzó una notable intensidad. Quedamos pues a la espera de las sorpresas que nos depare este festival en el 2005.

Quinito L. Mourelle



Herbie Hancock - Wayne Shorter - Dave Holland - Brian Blade

Fotos José Horna

Carme Canela

Rebekka Bakken